



TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**Título: Entre el saber y lo que se desea creer:
La paradoja de la desmentida**

Modalidad: INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Autora: Boco, Berenice Ayelén

DNI: 36.009.246

Legajo: B-2810/0

Graduada Responsable: Acosta, Florencia

Índice

Resumen y Palabras Clave.....	2
1. Introducción.....	3
1.2 Objetivos: General y específicos.....	4
2. Desarrollo	
2.1 Primer apartado: La desmentida en la constitución subjetiva.....	5
2.2 Segundo apartado: La desmentida como operación social.....	12
3. Conclusión.....	18
4. Referencias bibliográficas.....	20

Resumen

El presente trabajo explora la desmentida (*verleugnung*) en el psicoanálisis, un mecanismo que permite sostener simultáneamente el saber y lo que se desea creer. Si bien opera como una defensa individual, su alcance trasciende lo personal, manifestándose también en la dimensión familiar y social. Se argumenta que, además de constituir el mecanismo del fetichismo, la desmentida representa un concepto fundamental para comprender la construcción de la subjetividad y los vínculos sociales. La investigación examina la categoría conceptual desde su formulación freudiana hasta las contribuciones contemporáneas que lo amplían, lo que subraya su relevancia como concepto que articula la clínica con la esfera social. Se propone que la desmentida es un fenómeno polifacético que ofrece una perspectiva fundamental para reflexionar en la actualidad sobre la coexistencia entre saber y negación.

Palabras claves: Saber - Negación - Fetichismo - Desmentida - Psicoanálisis

Introducción

Desde sus orígenes, el psicoanálisis ha explorado los mecanismos que el aparato psíquico utiliza para defenderse de experiencias displacenteras o traumáticas. Sigmund Freud introduce la noción de desmentida, inicialmente vinculada al fetichismo y a la sexualidad infantil, un mecanismo de defensa que presenta una paradoja fundamental: permite al sujeto mantener, al mismo tiempo, el saber y el no querer saber. Esta operación se distingue de la represión y de la simple negación, ya que permite una aceptación y un rechazo simultáneo de la realidad.

La presente investigación se inscribe en el campo de la teoría psicoanalítica y se centra en el mecanismo de la desmentida. Consiste en un análisis bibliográfico de textos relevantes, con el propósito de examinar el estado actual de los conocimientos en torno a esta categoría conceptual. Este trabajo busca demostrar que la desmentida no solo es fundamental para comprender el fetichismo, sino que su alcance va más allá del plano individual. Su estudio trasciende el campo clínico, articulándose con problemáticas familiares, culturales y sociales, lo que la consolida como un concepto clave para comprender la subjetividad y los vínculos sociales de nuestra época.

El desarrollo se organiza en dos apartados. El primero examina la formulación freudiana, enfocándose en la desmentida y su vínculo con el fetichismo, así como la lectura de Jacques Lacan, quien resignifica este mecanismo más allá del fetichismo, constituyéndolo como operación estructural. El segundo apartado aborda los aportes contemporáneos, que extienden el concepto a la dimensión familiar y social. En este marco, se presentan las contribuciones de María Cristina Rojas, quien actualiza la noción en el contexto actual al considerarla una modalidad defensiva compartida que se manifiesta en los vínculos familiares, y las de Octave Mannoni, quien muestra cómo la desmentida opera como una creencia sostenida por la complicidad colectiva y transmitida a través de lazos intergeneracionales.

Los textos seleccionados se destacan por su aporte y enriquecimiento a la comprensión de la desmentida, por su capacidad para iluminar la incidencia en la constitución subjetiva y en los vínculos sociales, evidenciando su relevancia para el análisis clínico, social y cultural contemporáneo.

Objetivos

General

- Establecer algunos aspectos del desarrollo histórico de la categoría conceptual de la desmentida, desde su formulación inicial en la obra de Sigmund Freud hasta la teoría psicoanalítica contemporánea.

Específicos

- Delimitar el recorrido teórico por el cual Freud establece el mecanismo defensivo de la desmentida, especialmente en su vinculación con el fetichismo.
- Explorar aportes de autores contemporáneos que retoman y desarrollan la noción de desmentida.
- Situar la manifestación de la desmentida como fenómeno psíquico que se articula también en prácticas familiares y sociales.

La desmentida en la constitución subjetiva

Este apartado analiza la desmentida y su articulación con el proceso de constitución psíquica. Los autores abordan este mecanismo en relación a la sexualidad infantil, el complejo de castración y el modo en que el sujeto se posiciona frente a la falta. En primer lugar, se reconstruye la formulación freudiana de la desmentida en el fetichismo, para luego presentar la lectura lacaniana que entiende la *verleugnung* como una solución defensiva frente a la imposibilidad de simbolizar la falta.

La desmentida en Freud

En *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud (1976) introduce el fetichismo dentro del campo de las perversiones, describiéndolo como una desviación respecto de la meta sexual. El fetiche, un sustituto inapropiado del objeto sexual, puede ser una parte del cuerpo o un objeto que mantiene una relación significativa con la persona sexual. Freud distingue entre rasgos fetichistas que facilitan la excitación sexual y aquellos en los que el objeto sexual se convierte en un fin en sí mismo, permitiendo diferenciar entre una variación de la pulsión sexual y una verdadera desviación patológica.

Freud subraya que la perversión no es algo extraño, ya que, como él mismo señaló “en ninguna persona sana faltará algún complemento de la meta sexual normal que podría llamarse perverso, y esta universalidad basta por sí sola para mostrar cuán inadecuado es usar reprobatoriamente el nombre de perversión” (1976, p. 146).

Respecto de la elección del fetiche, retoma los desarrollos de Binet (1888, según cita Freud, 1976), quien señaló la importancia de una impresión sexual vivida tempranamente, en la primera infancia, como condición determinante. Frente al problema sobre el origen de las perversiones, Freud (1976) propone que “en la base de las perversiones hay en todos los casos algo innato, pero algo que es innato en todos los hombres, por más que su intensidad fluctúe y pueda con el tiempo ser realizada por influencias vitales” (p. 156).

Todos los individuos presentan una disposición polimorfa de la pulsión sexual en su infancia, con elementos potencialmente perversos, ya que los mecanismos defensivos no se han consolidado. Esta disposición puede organizarse en una vida sexual normal mediante distintos mecanismos psíquicos, aunque también puede resultar en fijaciones o regresiones que ocasionen problemas patológicos. Así, la sexualidad infantil constituye una etapa decisiva, las experiencias tempranas, devenidas inconcientes, dejan marcas profundas y perdurables que moldean la subjetividad. Entre estas experiencias, se encuentran las teorías sexuales infantiles, que son elaboraciones que realizan los niños para dar sentido a la diferencia sexual y al origen del nacimiento.

A partir de la década de 1920, Freud (1979b) profundiza su interpretación de la teoría sobre la sexualidad infantil, afirmando que “la aproximación de la vida sexual infantil a

la del adulto llega mucho más allá” (p. 146). Introduce la idea de una primacía fálica, donde el pene es el único genital reconocido para ambos géneros, configurando la creencia de que todos los seres humanos lo poseen y desestimando las diferencias anatómicas.

Esta fase fálica organiza la sexualidad infantil, y transcurre al mismo tiempo que el complejo de Edipo. A diferencia de un desarrollo continuo, esta fase “se hunde y es relevada por el periodo de latencia. Es fundamental notar que el nexo entre el complejo de Edipo y el complejo de castración, difiere profundamente según el sexo. “Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último” (1979f, p. 275).

En el niño, la primera estructuración clara de la libido, ocurre con el complejo de Edipo, basándose en el vínculo previo con la madre y la rivalidad que surge hacia el padre. Esta etapa edípica, propia del período fálico, se sepulta cuando aparece la angustia de castración. Al comienzo, desmiente la falta de pene en la niña. Esta creencia cede cuando la amenaza de castración lo confronta con la realidad anatómica. Esto genera un conflicto psíquico que culmina en la elaboración del complejo de castración.

En cuanto a la niña, la percepción de la diferencia sexual es inmediata, generando el deseo de poseerlo. Este momento inaugura el complejo de masculinidad, que puede expresarse como envidia del pene o dar lugar a una desmentida de la castración, cuando la niña actúa como si el órgano estuviera presente. Esta negación de la castración puede dar lugar a sentimientos de inferioridad, rivalidad y rechazo hacia la masturbación, a esta se le asigna un carácter masculino, marcando así un giro hacia la feminidad. Su libido se desplaza del deseo del pene al deseo de un hijo, tomando al padre como objeto de amor y a la madre como objeto de rivalidad.

Freud (1979b) detalla cómo los niños creen que solo las mujeres culpables han sido castradas, “pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene” (p. 148). Solo al entender el embarazo y el nacimiento, la madre pierde el pene, lo que lleva a fantasías complejas. Es en este contexto de la confrontación con la realidad de la castración donde emerge la categoría conceptual de la desmentida (*verleugnung*). Este recorrido demuestra que las teorías sexuales infantiles no se abandonan por completo, perduran en el inconsciente en formas disfrazadas o reprimidas, y pueden reaparecer en la vida adulta como síntomas, fantasías o, incluso, como estructuras psíquicas más estables. Así, dejan una profunda impronta en la subjetividad que delinea los caminos hacia la masculinidad y la feminidad, sentando las bases de la organización psíquica adulta.

La permanencia de estas teorías puede relacionarse con el predominio del principio de placer en los primeros años de vida, etapa en la que el aparato psíquico se rige por la búsqueda del placer y evitación del displacer. Ya en 1911, en *Dos principios del acaecer psíquico*, Freud señala que los procesos inconscientes, los más antiguos, “aspiran a ganar

placer; y de los actos que pueden suscitar displacer, la actividad psíquica se retira (reprime)” (p. 227). Sin embargo, el principio de realidad no reemplaza al principio de placer, sino que lo resguarda mediante una organización más adecuada de la actividad psíquica frente a las exigencias del mundo exterior. Como afirma, “la sustitución del principio del placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento” (p. 228).

En este marco, la represión aparece como un mecanismo defensivo del aparato psíquico frente a representaciones que resulten displacenteras, retirando su energía psíquica, que amenazan con hacerse conscientes. No obstante, cuando las exigencias de la realidad resultan particularmente intolerables y la represión resulta insuficiente, pueden ponerse en juego mecanismos más radicales. La *desmentida* es uno de ellos, mediante el cual el sujeto niega un aspecto de la realidad que le resulta insoportable, permitiéndole mantener una creencia a pesar de la evidencia contraria. Freud señala que este proceso “en la vida anímica infantil no es raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis” (1979f, p. 171-172).

La desmentida se configura como una forma particular de defensa en la que el yo se enfrenta a un aspecto de la realidad que no puede asumir. Este mecanismo genera una escisión interna, un saber dividido que permite al sujeto reconocer un hecho y, simultáneamente, su negación. Su propósito es proteger al yo de un conflicto insoportable, poniendo en juego la naturaleza de la realidad psíquica.

En sus escritos posteriores a *El yo y el ello*, Freud distingue entre neurosis y psicosis a partir del conflicto del yo con diferentes instancias psíquicas. Propone una fórmula simple pero fundamental, “la neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior” (1979c, p. 155).

La diferencia entre ambas estructuras es el modo en que responde el yo ante este conflicto. El neurótico, frente a ciertas parcelas de la realidad, se distancia porque las encuentra insoportables, pero no las niega por completo. En la psicosis, esta actitud es mucho más extrema, el yo es “es avasallado por el ello y así se deja arrancar de la realidad” (1979c, p. 157). El sujeto puede desmentir un hecho traumático, admitiéndolo en algún nivel pero negándole toda implicación afectiva al mantenerlo escindido de su conciencia.

Aunque un rechazo parcial de la realidad también se encuentra en las neurosis, la pérdida de realidad se estructura de forma diferente. El mundo de la fantasía se vuelve un espacio intermedio entre el deseo y la defensa. En la neurosis, la fantasía sirve como terreno para nuevas formaciones de deseo sin desmentir por completo la realidad. Por el contrario, en la psicosis, la fantasía deviene una nueva realidad que busca reemplazar completamente la anterior y la sustituye con una nueva construcción subjetiva. Ello

demuestra que la desmentida no es exclusiva de las psicosis, sino que también puede hallarse en la neurosis.

La conceptualización freudiana del fetichismo pasó de considerar exclusivamente una perversión a ser también una vía privilegiada para comprender la dinámica defensiva del aparato psíquico. Esta evolución es fundamental para entender el lugar de la desmentida en la teoría psicoanalítica.

En su texto de 1927, Freud retoma el problema de la diferencia sexual, y en este marco, formula con mayor precisión el mecanismo de la desmentida, al que vincula directamente con el fetichismo. A través de varios casos, incluido uno donde un joven había fetichizado el brillo en la nariz, llega a una conclusión que considera universal para todos los casos de fetichismo. El fetiche, es un sustituto de un pene, agrega que “no es el sustituto de uno cualquiera, sino de un pene determinado muy particular, que ha tenido gran significatividad en la primera infancia, pero se perdió más tarde” (1979p. 147). El fetiche, entonces, emerge como un sustituto simbólico del pene materno que el niño niega haber perdido.

La desmentida, en este contexto, no equivale al olvido ni desconocimiento, sino que implica una escisión psíquica en la que el yo sostiene simultáneamente dos juicios contradictorios, uno acorde con la percepción y otro con el deseo. Frente a este conflicto, se llega a un compromiso psíquico en el que la mujer aún tiene un pene en lo inconciente, pero este ha sido reemplazado. Freud argumenta que “el interés experimenta un extraordinario aumento porque el horror a la castración se ha erigido un monumento recordatorio con la creación de este sustituto” (p. 149).

El niño, ante la percepción de los genitales femeninos, debe confrontar la realidad de la amenaza de castración, porque si ella está castrada, su propio pene también podría estar en peligro. Lo que en otros casos puede resolverse mediante la aceptación o por la vía de la represión, donde la representación intolerable se excluye de la conciencia. Sin embargo, en el fetichismo, la percepción de la falta de pene “emprendió una acción muy enérgica para sustentar la desmentida” (p. 149).

Freud también explora cómo el fetiche es elegido, planteando que muchas veces lo decisivo es el momento en que se detiene el proceso psíquico ante la percepción de la falta. El fetiche suele fijarse en “la última impresión anterior a la traumática, la ominosa” (p. 150). Esta fijación funciona como una amnesia traumática, donde la memoria se interrumpe antes del evento intolerable. Es así como objetos, el pie, las prendas interiores, o el terciopelo, pueden adquirir un valor fetichista, cumpliendo una doble función paradójica, recordar la amenaza de castración y al mismo tiempo protegerse contra ella. El fetiche actúa como una solución defensiva que permite al sujeto mantener a la mujer como objeto sexual soportable.

Finalmente, el análisis del fetichismo le permite a Freud revisar y profundizar su concepción de la diferencia entre neurosis y psicosis. A partir de cierto caso clínico donde los pacientes desmentían un hecho traumático, como la muerte de su padre, sin desencadenar en una psicosis, advierte que en la vida psíquica pueden coexistir dos actitudes contradictorias, una que reconoce la realidad y otra que la niega. Entonces la desmentida de un fragmento de la realidad puede no derivar necesariamente en una psicosis, siempre que otra parte del yo permanezca en contacto con la realidad.

Este mecanismo se revela como una operación estructural del aparato psíquico, más amplia que su aparición en el fetichismo, y esencial para la teoría psicoanalítica. La desmentida se convierte en un concepto fundamental para entender cómo el sujeto puede sostener dos posturas contradictorias al mismo tiempo. El fetichismo ofrece un ejemplo de esta escisión, donde el objeto condensa tanto la desmentida, que oculta los genitales femenino, como la aseveración de la castración. De esta forma, el fetiche evidencia la división interna del yo al mantener ambas posturas simultáneamente. La psicosis, por su parte, se distingue por la ausencia completa de la corriente que acepta la realidad.

La exhaustiva exploración freudiana de la sexualidad infantil, el complejo de castración y la desmentida, entre otras, sentó las bases del psicoanálisis, abriendo un camino fértil para desarrollos posteriores. Entre ellos, Jacques Lacan donde su trabajo se destaca como una lectura renovadora y crítica de la obra freudiana.

Aporte de Lacan a la conceptualización de la desmentida

Lacan sostiene que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y que, por lo tanto, el sujeto se construye a través del significante. En este sentido, los descubrimientos freudianos cobran su sentido a la luz de las leyes del lenguaje, tales como la metáfora y la metonimia. Esta reinterpretación le permite reubicar los conceptos de fetichismo y la *verleugnung* como manifestaciones de la relación del sujeto con la falta, el deseo y el falo, entendido ya no como órgano, sino como significante.

En esta teoría, el significante cumple una función determinante en la constitución subjetiva. El sujeto emerge a partir de su inscripción en la cadena significativa, lo cual deja una marca estructurante que introduce una división. Como señala Lacan (2009), el sujeto ya está escindido “desde el momento en que el juego de desplazamiento y de condensación al que está destinado en el ejercicio de sus funciones” (p. 659). En esta perspectiva, la falta es constitutiva.

Lacan (2009) redefine el concepto de falo desplazándolo de lo biológico a lo simbólico. Sostiene que la relación del sujeto con el falo “se establece independientemente de la diferencia anatómica de los sexos” (p. 654) y se organiza en función de su lugar en la cadena significativa. Por lo tanto, su función estructural no corresponde a la de un órgano,

sino a la de un significante privilegiado que organiza la relación con el deseo y la falta. Se trata de un punto de imposibilidad de una significación plena.

Para que este significante pueda cumplir su función, es indispensable que esté velado. Afirma Lacan (2009) que el falo actúa “como signo él mismo de la latencia de que adolece todo significable, desde el momento en que es elevado a la función de significante” (p. 659). El falo, al ser un signo de la falta, no puede mostrarse directamente porque su revelación anularía la función simbólica que sostiene la estructura del deseo. De allí que el fetiche funcione como un velo que lo oculta. Esta operación de ocultamiento le permite traducir el mecanismo freudiano de la *verleugnung* al campo del significante.

En este marco, el fetichismo es pensado como una estructura de valor ejemplar. Lejos de constituir una simple perversión sexual, se trata de una solución defensiva frente a la castración. En palabras de Lacan (2018) “lo que se ama en el objeto es lo que le falta - solo se da lo que no se tiene” (p. 153). Esta fórmula da cuenta de una paradoja fundamental en el campo del deseo. Lo que se ofrece en el intercambio simbólico es siempre una ausencia, aquello que no se tiene.

El fetiche, entonces, no remite al pene real, sino que se articula al falo como significante. En términos estructurales, es “un falo simbólico que por su naturaleza se presenta en el intercambio como ausencia, una ausencia que funciona en cuanto tal” (2018, p. 154). La posición del sujeto fetichista se organiza alrededor de ese falo simbólico que la mujer no tiene. Sin embargo, dicha falta no implica exclusión, sino participación desde otro lugar. Así, “no tener el falo simbólicamente es participar de él a título de ausencia, así pues es tenerlo de algún modo.” (p. 155)

Lacan (2018) ilustra esta estructura con la analogía del velo o la cortina. En el fetichismo el velo no sólo oculta la falta, sino que también permite que ésta se realice como imagen. “Sobre ella se proyecta y se imagina la ausencia” (p. 157). El velo materializa una lógica en la que el objeto amado está más allá, pero no un más allá vacío, sino que tiene lugar simbólico preciso. En esta estructura ternaria sujeto-objeto-más allá, el fetiche “puede ocupar entonces el lugar de la falta y ser también propiamente el soporte del amor” (p. 158).

Este funcionamiento paradójico en relación con el falo permite al sujeto fetichista sostener dos verdades escindidas simultáneamente. Por un lado, la constatación de la falta, por otro, su negación estructural, sostenida en la imagen del objeto fetiche. De este modo, la *verleugnung* no borra la castración, simplemente protege al sujeto del horror manteniendo una creencia simbólica que vela esa falta sin suprimirla por completo.

La elección del objeto fetiche responde, además, a una lógica metonímica, es decir “es un punto en la cadena de la historia, allí donde la historia se detiene” (2018, p. 160). Esto se ejemplifica en el caso del brillo en la nariz (*a glaze on the nose*), donde el objeto fetiche condensa un momento traumático, una interrupción en la cadena significante que

permanece como marca, incluso en una lengua olvidada, que marca un momento fundacional para el sujeto.

La génesis del fetichismo se sitúa, para Lacan, en la etapa preedípica, donde la figura de la madre fálica ocupa un lugar decisivo. El sujeto fetichista queda atrapado en una oscilación imaginaria. Por un lado, puede identificarse con la mujer confrontada al pene destructor de las fantasías primordiales, o, “a la inversa, identificación del sujeto con el falo imaginario, que le hace ser para la mujer un puro objeto que puede devorar y en el límite destruirlo” (2018, p. 162). Esta oscilación se produce en ausencia de la función paterna, es decir, antes de la instauración del orden simbólico que introduce la ley y separa al sujeto de la madre.

Así, en el sujeto fetichista se evidencia un “descompletamiento fundamental que deja al sujeto entregado a la relación imaginaria” (2018, p. 163). Su comportamiento se reduce a una defensa, un intento de simbolizar una relación que, en su origen, carece de la mediación simbólica del padre. El fetiche, se construye como una solución defensiva frente a esta imposibilidad de simbolizar la falta primordial.

En suma, la lectura lacaniana del fetichismo permite comprender cómo el sujeto se organiza en torno a una falta estructural que no puede ser plenamente asumida. El fetiche, lejos de ser un simple objeto erótico, condensa una historia significativa, un momento de interrupción simbólica, una respuesta a una imposibilidad estructural. La desmentida se revela, no solo como mecanismo clínico, sino como una lógica estructural que permite al sujeto sostener la escisión entre el saber y el creer. Tal como Lacan retoma de Freud, el sujeto fetichista sabe que la mujer no tiene pene, pero actúa como si lo tuviera. En esta paradoja se revela la operación de la desmentida como una solución imaginaria ante una falta simbólica imposible de simbolizar plenamente.

En síntesis, tanto Freud como Lacan ubican en el mecanismo de la *verleugnung* una operación psíquica compleja, que no implica meramente una negación, sino una escisión estructural que permite sostener simultáneamente el saber y lo que se desea creer. Esta lógica no sólo está presente en el fetichismo, sino que ofrece claves fundamentales para pensar la constitución del sujeto, la relación con el deseo y el estatuto mismo de la realidad.

La desmentida como operación social

La desmentida no se limita a un mecanismo individual, sino que se sostiene en relaciones familiares y sociales que permiten, simultáneamente, saber y no saber. María Cristina Rojas actualiza esta perspectiva al considerar el contexto social y familiar, mostrando cómo la desmentida opera como defensa frente al desamparo psíquico en la familia moderna. Posteriormente, Octave Mannoni profundiza en la dimensión de la creencia, ofreciendo una base teórica para comprender la dinámica social de este fenómeno.

La desmentida en la familia contemporánea

Rojas (2010) analiza las transformaciones de la familia actual y cómo estas impactan en las manifestaciones del sufrimiento psíquico. Plantea que el síntoma no se centra exclusivamente en el psiquismo individual, sino también en el entorno familiar. A su vez, la familia se sitúa en un contexto sociocultural más amplio, que se convierte “en una vertiente del material clínico que da basamento a las intervenciones” (párr. 6).

La familia tradicional ha evolucionado hacia formas más diversas, incluyendo familias monoparentales, ensambladas u homoparentales, con roles de género más flexibles. Esta modernización genera nuevas formas de sufrimiento, entre las que Rojas destaca el desamparo y la desmentida. Plantea que el contexto social y los vínculos actuales no solo cumplen un rol desencadenante, sino que poseen un valor constructivo en la conformación del psiquismo, que es una organización abierta “en constantes movimientos de construcción/ deconstrucción” (párr. 5).

La dimensión social se concibe como constitutiva del sujeto, por lo que el analista debe considerarla para cuestionar los mandatos de la época, como el individualismo extremo o la evitación del sufrimiento. Señala que la familia es una construcción que se adapta a cada época y lugar, por ello, los cambios en sus formatos dan lugar a nuevas manifestaciones clínicas “tanto en lo que hace a la patología de los vínculos como a la psicopatología del sujeto” (párr. 7). Sin embargo, la composición familiar no determina por sí misma la aparición de trastornos.

A pesar de los cambios, la familia sigue siendo un grupo de pertenencia esencial que puede funcionar como una “apoyatura del psiquismo y sostener la coherencia de las identificaciones” (párr. 8). Para cumplir este rol, se requiere un complejo trabajo de contención y regulación vital para la salud psíquica.

La construcción del psiquismo infantil se basa en la asimetría inicial entre adultos y niños, que otorga a los adultos una mayor responsabilidad. Sin embargo, en las familias contemporáneas se observa una tendencia a reducir la asimetría generacional, acentuando “la simetría de la relación parentofilial” (párr. 10). En casos extremos, los hijos reciben una

autoridad que no les corresponde, generando una falta de conexiones protectoras y de cuidado. Rojas la denomina una forma de violencia invisible que se constituye como causa de desamparo psíquico.

Cuando los adultos se sienten desvalidos, los niños y adolescentes son sobrecargados con responsabilidades y exigencias, llegando a ser idealizados como encarnación del Yo Ideal. En este contexto, “el analista familiar se ve convocado a demarcar en su hacer y decir las diferencias intergeneracionales” (párr. 11).

El enfoque clínico debe centrarse en la trama familiar para reconstruir el apoyo y el sostenimiento brindado. En situaciones de desamparo, la intervención busca favorecer la construcción de vínculos que fomenten la integración y el sentimiento de pertenencia, facilitando el apuntalamiento recíproco entre los miembros de la familia, delimitando sus relaciones.

La desmentida no opera exclusivamente a nivel individual, sino que puede ser compartida y sostenida colectivamente por la familia, los grupos de pertenencia o incluso la sociedad. Las familias tienden a evadir la experiencia de la pérdida y la frustración mediante el “consumo de objetos y/ o sustancias que la sociedad propone como solución supuestamente rápida e indolora de todo displacer” (párr. 17). De esta manera, la desmentida se convierte en uno de los mecanismos psíquicos más frecuentes para evitar el sufrimiento, permitiendo sostener simultáneamente un saber y un no saber, tal como observa Mannoni (1997) con la expresión *ya sé que... pero aun así*. Así, aunque la desmentida es estructural, hoy adquiere formas particulares que deben ser analizadas en función del contexto social y cultural.

A veces “se hace difícil pensar algo, aceptar la realidad...” (párr. 20). Sin embargo, esta evitación no logra evitar el dolor, solo lo posterga o lo desplaza. Para ilustrar cómo se manifiesta esta dinámica, Rojas presenta las siguientes viñetas clínicas.

Padre: Siento un dolor muy grande...anoche S. nos dijo a mi mujer y a mí ¿cuándo se van a dar cuenta que F. es gay? No lo puedo ni decir (pausa)

Analista.: Lo veo muy dolido, Esteban, sin embargo, no parece haberlo sorprendido...

Padre: creo que lo sospechaba hace mucho, pero no quería saber

Este fragmento muestra el mecanismo de la desmentida cuando el padre reconoce “*lo sospechaba hace mucho, pero no quería saber*”. Esta defensa, que no es “privativa de la perversión ni necesariamente patológica” (párr. 21), permite a la psique saber y no saber al mismo tiempo. Sin embargo, cuando predomina, refuerza el desamparo, ya que afecta el pensamiento, así como el sostén y la identidad.

La desmentida compromete funciones centrales de la parentalidad, como anticipar, prever, proteger y cuidar. La falta de atención a estas funciones puede expresarse en los

hijos como un “un déficit de la función psíquica defensiva ligada a la señal de alarma del psiquismo” (párr. 22), generando situaciones de riesgo físico y psíquico, y dificultando el reconocimiento de afectos propios y ajenos.

En la segunda viñeta se observa cómo la desmentida colectiva afecta el registro de las emociones de los demás, en una familia que ignora el duelo de su hijo por la migración. Dice el padre: *“no entiendo de qué se queja ni qué le pasa, tiene todo lo que quiere y está con esa cara que arruina todos los programas”*. Esta negación del dolor a través de la minimización evidencia una incapacidad para reconocer el sufrimiento. Citando a Fernández (2010), Rojas subraya que la desmentida puede afectar también el juicio moral, impidiendo la subjetivación de la responsabilidad y facilitando la justificación de actos, lo que contribuye a la crueldad y la falta de empatía por el otro.

En este escenario, las intervenciones del analista contemporáneo se vuelven más desafiantes. Los enfoques clásicos centrados en la interpretación resultan insuficientes para abordar las “múltiples problemáticas emergentes a partir de nuevas conformaciones subjetivas y vinculares” (párr. 27). En la intervención familiar, el objetivo no es sólo aliviar el malestar en los vínculos, sino también inducir un cambio en el psiquismo individual.

La desmentida se diferencia de la represión porque aquello desmentido tiende a reaparecer. Ante esto, la estrategia del analista es retornar al punto de la escisión, señalando la operación psíquica de la desmentida. Además, puede convocar a “pensar en conjunto las cuestiones temidas, es decir, propiciando el trabajo del preconiente” (1997, según cita Rojas, 2010). Es esencial que la sesión familiar se base en una transferencia que proporcione contención y regulación. De esta manera, enfrentar lo desmentido y el sufrimiento que conlleva se vuelve tolerable, especialmente en las etapas iniciales del proceso terapéutico.

Rojas demuestra que la paradoja de saber y negación se ha vuelto un rasgo central de la vida familiar contemporánea, en la que los sujetos reconocen el malestar, pero al mismo tiempo, actúan como si no lo supieran. Así, la desmentida se revela como una categoría conceptual central para comprender tanto los procesos intrapsíquicos como las configuraciones sociales actuales, constituyéndose en un punto de articulación entre la clínica psicoanalítica y el análisis social. Esta perspectiva converge con la conceptualización de Octave Mannoni.

La desmentida y la creencia según Mannoni

Mannoni plantea que el psicoanálisis, a pesar de la contribución fundacional de Freud con el concepto de desmentida en su artículo sobre el fetichismo, no ha esclarecido suficientemente la cuestión de la creencia. Para este autor, el principal aporte de Freud fue mostrar “cómo una creencia puede ser abandonada y conservada a la vez” (1997, p. 10).

Este mecanismo opera cuando el niño descubre la ausencia de pene en la mujer y, para proteger su creencia en el falo materno, repudia la evidencia de la realidad que la contradice. La creencia se conserva, pero al mismo tiempo ha sido abandonada en su forma original. Mannoni (1997) argumenta que esta desmentida originaria es el "primer modelo de todos los repudios de la realidad y constituye el origen de todas las creencias que sobreviven al desmentido de la experiencia" (p. 11).

La lógica de esta escisión psíquica se encuentra en la vida cotidiana a través de la fórmula "ya sé que... pero aun así..." (p. 11). A diferencia de la represión, la desmentida es un mecanismo que consiste en el simple rechazo de la realidad. Su función principal es actuar directamente contra cualquier evidencia que contradiga una creencia ya establecida.

Este mecanismo puede ser desplazado por el sujeto hacia otras creencias que se mantienen a pesar de la realidad. Estas creencias pueden manifestarse como supersticiones o ideas irracionales que el sujeto no reconoce como propias, pero existen de forma escurridiza, contradictorias y difícil de identificar. De esta manera, el fetichismo permite observar un fenómeno que, en formas más triviales, a menudo pasa desapercibido en la vida cotidiana. El fetichista desmiente la experiencia de que las mujeres no tienen falo. En su lugar, crea un fetiche como objeto que sostiene la creencia a pesar de la realidad. Para Mannon "ese 'pero aun así', es el fetiche" (p. 11).

En la clínica, identificar la desmentida resulta difícil porque se manifiesta de forma muy sutil. Sin embargo, su presencia se revela cuando el paciente utiliza la frase "eso ya lo sé, pero aun así...". Como aclara Mannoni, esta expresión no debe confundirse con la represión, ya que que el "*pero aun así...* no es inconsciente. Se explica por el deseo o el fantasma que actúan como a distancia" (p. 12). A pesar de que la represión es considerada el mecanismo fundamental para la explicación última de los fenómenos psíquicos, el autor insiste en que es prioritario y esencial estudiar la desmentida en sí misma.

Para abordar el tema de la creencia, Mannoni recurre a un ejemplo de la etnografía para ilustrar el proceso de la desmentida a nivel colectivo. Analiza el rito de iniciación de los Hopi, mostrando cómo la creencia en las máscaras sagradas, los Katsina, se transforma. Inicialmente, estos espíritus son figuras aterradoras que "están en connivencia con los padres para mistificar a los niños" (p. 13).

Destaca un momento clave en la historia de Talayesva. "Las madres, claro está, rescatan a sus aterrorizados hijos dando a los Katsina trozos de carne; como intercambio, los Katsina ofrecen a los niños albondiguillas de maíz, piki, que en esta ocasión está excepcionalmente teñido de rojo" (p. 13). En el rito de iniciación, la creencia infantil en los Katsina es desmentida. Los adultos se quitan las máscaras y revelan ser ellos quienes representan a los Katsina. Esta desmitificación causa una conmoción en los iniciados, como en el caso de Talayesva, ya que creía que eran dioses.

Sin embargo, esta revelación no destruye la creencia, sino que la transforma y la convierte en “el pilar institucional sobre el que se fundamenta la nueva creencia de los Katsina. Ahora la creencia adulta se sostiene en que los verdaderos Katsina habitan las máscaras en forma mística. A partir de esta transformación el Hopi puede decir de buena fe: ”yo se que los Katsina no son espíritus, son mis padres y mis tíos, pero aun así los Katsina están allí cuando mis padres y mis tíos bailan enmascarados” (p. 19).

Mannoni argumenta que la desmentida se sostiene gracias al soporte del otro. En el rito de iniciación Hopi, los adultos perpetúan su creencia mistificando a los niños quienes, sin saberlo, se convierten en el fundamento de la creencia social. Este mecanismo de complicidad colectiva, perpetúa la desmentida a nivel colectivo, permitiendo así que una creencia sobreviva a pesar de la realidad, y es por eso que afirma “que los niños son el sostén de la creencia de los adultos” (p. 15).

La magia no es una forma de pensamiento infantil, sino un producto de la desmentida. Comienza cuando una creencia es repudiada por la realidad, pero se conserva gracias a una transformación que la vuelve mística e invisible. Esta creencia persiste con la fórmula ‘aún así’, lo que demuestra que la desmentida es suficiente para generar lo mágico.

Este autor plantea que “la crisis de la creencia en los Katsina reproduce, como su modelo, la estructura de la crisis relativa a la creencia en el falo” (p. 19). El joven Hopi, al enfrentarse a la desmitificación de los Katsina, aunque recupera su creencia a través de una transformación mágica, experimenta un pánico similar al niño que descubre la ausencia del falo. Según Mannoni, la creencia mágica inicial en el falo materno, es fundamental ya que servirá de modelo para las futuras transformaciones y desarrollos de las creencias en el individuo.

Mannoni observa que este fenómeno no es exclusivo del fetichismo, sino que es una manifestación frecuente. El sujeto fetichista en “la instauración del fetiche suprime el problema de la creencia, mágica o no” (p. 26). A diferencia del neurótico o del Hopi, que requieren del otro para su mistificación, el fetichista no intenta hacer creer a nadie. En este caso, la necesidad de que otro cumpla esa mistificación ahora es satisfecha por el fetiche mismo. Mientras que la desmentida en otros casos hace que el sujeto entre en el campo de la creencia, el propósito del fetichista es abandonar ese campo y escapar de la problemática de la creencia en lo que respecta a su perversión.

Finalmente, Mannoni resume los fundamentos de su estudio, “todo ello nos daba dos axiomas: no hay creencia inconciente y la creencia supone el soporte del otro” (p. 26). Estos principios, basados en el concepto de desmentida de Freud y la topología de Lacan, son la clave para comprender la relación entre el sujeto y sus creencias en un plano que abarca tanto lo individual como lo colectivo.

El aporte esencial de Mannoni reside en mostrar que la desmentida es una modalidad particular de la creencia, que permite al sujeto la coexistencia de realidades contradictorias. Esta lectura trasciende la simple descripción de un mecanismo de defensa elevando la desmentida a una forma de habitar el mundo. Este marco teórico permite analizar el funcionamiento de la desmentida en la dinámica familiar y social, tal como la describe Rojas, donde estas creencias compartidas actúan como una defensa colectiva frente a la incertidumbre, el sufrimiento, y como un modo en que los sujetos se protegen del desamparo psíquico.

Conclusión

El recorrido realizado muestra que la desmentida constituye un fenómeno polifacético, cuya relevancia excede su formulación inicial como mecanismo defensivo en el fetichismo. Este mecanismo articula simultáneamente el saber y lo que se desea creer, configurando una lógica que se despliega en la subjetividad individual, en las relaciones familiares y en los lazos sociales. En este sentido, la desmentida se deja oír en expresiones cotidianas como *ya sé que... pero aún así*, donde el reconocimiento de la verdad convive con la persistencia en negarla, revelando la complejidad y vigencia de este mecanismo psíquico.

A partir de lo que Freud plantea sobre la desmentida, es posible reencontrar esta noción en otros autores, quienes la analizan desde perspectivas diferentes, ampliando su alcance y mostrando su manifestación en dimensiones subjetivas, sociales y culturales. De esta manera, la desmentida, lejos de ser un simple mecanismo de negación, funciona como un mecanismo de defensa individual, una lógica estructural propia del psiquismo, un recurso social que atraviesa familias y comunidades, y un principio organizador de la creencia

Freud señaló que la desmentida no se limita a negar la realidad, sino que introduce una escisión en el sujeto que posibilita la conservación de ciertas creencias incluso cuando la experiencia las contradice. Este fenómeno se manifiesta claramente en el fetichismo, donde el objeto fetiche sostiene la creencia frente a la ausencia del falo en la mujer y, al mismo tiempo, la oculta, evidenciando la coexistencia de reconocimiento y rechazo que caracteriza la desmentida y demostrando que lo que se sabe puede coexistir con lo que se desea creer. Lacan profundizó y reformuló esta perspectiva al situar la *verleugnung* en el campo del significante. Para él, no se trata solo de un recurso defensivo, sino una operación estructurante de la subjetividad que articula la relación del sujeto con la falta y el deseo. En este marco, el fetiche funciona como un velo que organiza la relación del sujeto con la castración, mostrando que el sujeto puede saber y, al mismo tiempo, actuar como si no lo supiera.

Sin embargo, la desmentida no se limita al plano individual; también se manifiesta en el plano familiar y social. Rojas actualiza la categoría al contexto contemporáneo, entendiendo la desmentida como una modalidad defensiva compartida que se manifiesta en los vínculos familiares frente al desamparo psíquico. Los cambios en la estructura familiar y los mandatos culturales que promueven la evitación del sufrimiento favorecen la coexistencia de saber y no saber, estrategia que permite enfrentar la frustración y la pérdida. Finalmente, Mannoni aporta la dimensión de la creencia, mostrando que la desmentida se sostiene en la complicidad colectiva y en la transmisión intergeneracional. Su enfoque en la dimensión de la creencia proporciona las claves para entender el sostén

psíquico de esta desmentida social, demostrando que no se produce de forma aislada, sino que se nutre del apoyo del otro. La paradoja de "ya sé que, pero aun así..." ilustra esta creencia activa y compartida. El ejemplo de los Katsina en la cultura Hopi revela que la desmentida puede funcionar como un principio organizador de la creencia a nivel colectivo.

La desmentida, por tanto, emerge como un concepto clave para comprender la subjetividad actual. Adquiere mayor relevancia en sociedades marcadas por la inmediatez y el desamparo psíquico, que promueven la evitación del malestar a través del consumo. En este contexto, la desmentida se configura como una estrategia psíquica que permite a los sujetos, familias y comunidades sostener la ilusión de control frente a las incertidumbres, y la negación activa de aquellas realidades que confrontan el deseo o el mandato social. La potencia del concepto reside en su capacidad para iluminar la colectivización de la desmentida y su perpetuación a través de los vínculos. Así, se establece como un principio organizador de creencias culturales y sociales, dando sustento a la persistencia de la desmentida a pesar de la evidencia.

En síntesis, la desmentida se consolida como una categoría conceptual central y polifacética para el psicoanálisis, al ofrecer herramientas para analizar la delicada coexistencia entre saber y negación. El recorrido realizado no solo recupera los aportes de Freud, Lacan, Rojas y Mannoni, sino que también abre la pregunta acerca de cómo cada época recrea sus propias modalidades de desmentida, invitando a futuras investigaciones sobre las configuraciones contemporáneas de este mecanismo en el entramado cultural y social de la actualidad, especialmente en relación con las nuevas tecnologías y formas de vínculo. De este modo, se reafirma la relevancia de la desmentida como concepto clave para comprender la constitución subjetiva y las dinámicas sociales que dan forma a la experiencia colectiva.

Referencias Bibliográficas

- Freud, S. (1976). Tres ensayos de una teoría sexual. En *Obras Completas, Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979a). Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Obras Completas, Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979b). La organización genital infantil. En *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979c). Neurosis y psicosis. En *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979d). El sepultamiento del complejo de edipo. En *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979e). La pérdida de realidad en la neurosis. En *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979f). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En *Obras Completas, Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1979g). Fetichismo. En *Obras Completas, Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1980). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras Completas, Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Lacan, J. (2009). La significación del falo. En *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Lacan, J. (2018). La función del velo. En *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós
- Mannoni, O. (1997). *La otra escena: Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Rojas, M. C. (2010). Desamparo y desmentida en la familia actual: Intervenciones del analista. *Vínculo*, 7(2).
https://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1806-2490201000020003